

DE LA BUROCRACIA Y EL ABSURDO EN *EL CASTILLO* DE FRANZ KAFKA*

ABOUT BUREAUCRACY AND THE ABSURD IN FRANZ KAFKA'S *THE CASTLE*

María Kateryne Atehortúa**

matehort@eafit.edu.co

Resumen

En este artículo se realiza un ejercicio hermenéutico de la obra *El Castillo* de Franz Kafka, a partir del concepto de burocracia desarrollado por Max Weber y de reflexiones sobre el absurdo existencial. Se argumenta que el personaje K, en su esfuerzo por conseguir una existencia segura a través de un empleo oficial, se encuentra ante el poder burocrático del castillo: una organización regulada por normas que establecen en principio un orden racional pero que a él le convierten la existencia en un sinsentido.

Palabras claves

Franz Kafka, *El Castillo*, burocracia, absurdo y existencia.

Abstract

This article presents a hermeneutic analysis of *The Castle* by Franz Kafka in constant dialogue with the concept of bureaucracy as developed by Max Weber and reflections on existential absurdity. It is argued that the character K., in his effort to achieve a secure existence through an official employment, is facing the bureaucratic power of the castle: an organization governed by rules that formally establish a rational order but which transform K.'s existence in a non sense.

* Artículo para optar al título de Magister en Hermenéutica Literaria de la Universidad Eafit.

** Licenciada en Humanidades y Lengua Castellana de la Universidad de Antioquia y candidata a Magister en Hermenéutica Literaria de la Universidad Eafit. Docente vinculada al municipio de Medellín. Educación Básica Secundaria.

Key words

Kafka, *The Castle*, bureaucracy, absurd and existence.

Presentación

La novela *El Castillo* de Franz Kafka¹, publicada de manera póstuma e inconclusa en 1926, pudo haber sido comenzada hacia el año de 1917, según algunos datos biográficos del autor (Cardona; 2005), aunque el primer boceto apareciera en 1922. Esta obra fue la segunda, de tres novelas, en publicarse luego de su muerte en 1924. Antes, en 1925, se publicó *El proceso*, y después, en 1927, *América*, inicialmente conocida como *El desaparecido*. Como todas sus obras, *El Castillo* fue escrita en alemán².

Entre la literatura y la sociología existen múltiples conexiones. En *El Castillo*, Kafka logra vincular con su literatura ideas sociológicas sobre la posición del individuo en la sociedad moderna. Kafka conocía probablemente el trabajo del sociólogo alemán Max Weber³ (1864-1920) sobre la burocracia, muy debatida en su momento, y presente en la obra. Tanto Kafka como Weber fueron en sus obras observadores críticos de la modernización de la sociedad y el Estado alrededor de ellos. Kafka conocía a Alfred

¹ “Franz Kafka, hijo de Hermann Kafka, [...] nació en el seno de una familia judía de clase media de Praga. A la muerte de dos hermanos en la infancia, pasó a ser el hermano mayor, papel del cual guardó siempre conciencia. Ottilia, la más joven de sus tres hermanas, fue la más allegada a él de toda la familia. La figura del padre de Kafka se imponía sobre su labor y sobre su existencia; la figura es, de hecho, una de sus creaciones más notables. En su imaginación, este tendero y patriarca burdo y práctico de carácter dominante que no adoraba más que el éxito material y el ascenso en la escala social, pertenecía a una raza de gigantes y era un tirano admirable pero repulsivo. En el intento autobiográfico más importante de Kafka, “Brief an den Vater” (Carta al Padre, 1919), misiva que nunca llegó a manos del destinatario, Kafka atribuye su imposibilidad de vivir [...], así como su escape a la literatura, a la prohibitiva figura paterna, la cual le infundió un sentimiento de impotencia. Sentía que el padre había quebrado su voluntad” (Nota biográfica sobre la vida del autor. En: www.kafka.org).

² En vida, el único premio literario otorgado a Kafka parece haber sido el premio Fontane en 1915, pero porque el escritor Carl Sternheim se lo cedió luego de leer *La Metamorfosis*. Creado en 1913 en honor a Theodor Fontane, premiaba autores que representaron el ideal democrático de la libertad y la humanidad en un sentido artístico. Por varias razones la recepción de la obra fue tardía. Durante el régimen nazi fue prohibida su lectura a los alemanes, mientras en su traducción francesa ya era leída y apreciada en París. Solo hasta después de la Segunda Guerra Mundial, la crítica le reconoció su valor literario y visionario.

³ Economista, sociólogo y filósofo alemán (Erfurt 1864 - Múnich 1920). La sociología, tal como él la consideraba, debe ser “comprehensiva”, es decir, forzarse en escoger la “significación” de los actos sociales, en los que se distinguen diversos tipos según su motivación: racional, afectiva, tradicional, etc.

Weber, el hermano de Max Weber, y es casi imposible que no haya conocido las ideas y obras de este, y en particular las relacionadas con la burocracia. Kafka obtuvo en 1906 el grado de Doctor en Derecho en la Universidad alemana de Praga, y el catedrático Alfred Weber actuó como «Promotor», es decir, como encargado de presentar a los nuevos doctores al rector (González, 2007). Alfred también era cercano a Max Brod, el mejor amigo de Kafka. En 1910, Alfred publicó un largo artículo titulado *El funcionario*, que habría influenciado a Kafka para escribir *La colonia penitenciaria* (1914, publicada en 1919).

Si bien, los referentes temporales e históricos en la obra son escasos, pues el tiempo cronológico en *El Castillo* no nos lleva a ubicar en un tiempo histórico los hechos narrados, habría que preguntarse cómo un autor que le toca vivir la Primera Guerra Mundial (1914-1918), aquella gran crisis de la civilización europea, y siendo asistente jurídico de la Sociedad de Seguros Assicurazioni Generali de Praga, no aluda a ella en un libro que empezó a escribir durante la guerra y finalizó en la postguerra inmediata. El autor se cuida en extremo de evitar alguna alusión histórica a una guerra o a un tratado de paz que permita encontrar un referente a los hechos narrados en un tiempo y en un lugar determinados de la historia.

En la obra, K. llega a la aldea para presentarse a la administración del castillo, ya que el conde West-west lo ha contratado como agrimensor. La tarea de buscar una cita ocupa parte central en las acciones del personaje, pero nunca se concretiza. Espera que se resuelva lo de su contrato, por el contrario se presenta una serie de confusiones y errores en la administración. K. comienza a encontrarse con los nudos de la burocracia y cree que la vía para llegar al castillo es a través de las mujeres, aunque se equivoca. No puede hacer nada para aclarar su situación, no puede trabajar y tampoco puede quedarse.

Uno de los aspectos más relevantes en la novela *El Castillo* es la manera como está estructurada la relación entre los habitantes de la aldea y la administración condal: una vida cifrada en jerarquías y funciones que impregnan la forma misma de vivir. En esta dirección, el presente artículo muestra cómo el poder burocrático del castillo que rige en la aldea, le convierte la existencia a K. en algo absurdo. Sin embargo los habitantes permanentes parecen aceptar ese sinsentido como algo propio de las leyes.

En esta perspectiva, se identificarán algunos de los rasgos característicos de la estructura de la burocracia, la posición del funcionario y de las tareas administrativas descritos por Weber (2010) para relacionarlas con *El Castillo*. De igual manera, se prestará atención a cómo el personaje K. se enfrenta ante dicho sistema de poder, y en qué medida afecta su existencia.

De las características de la burocracia y otros aspectos en *El Castillo*

Según Max Weber, pensador de las ciencias sociales y estudioso de la economía y la sociedad, “El Estado moderno está sometido a la burocratización” (Weber, 2010:91). Esta representa una forma específica de regulación racional del poder estatal. Los ciudadanos modernos difícilmente pueden escapar a ello y, al contrario, a través de su participación en los procesos administrativos cotidianos, apoyan y contribuyen a la construcción de la institución formal de la sociedad. Las normas definen las reglas de la sociedad, y estas toman su forma concreta en las relaciones entre los ciudadanos y el aparato burocrático. De acuerdo al tipo ideal de burocracia, como lo define Weber, la relación debe ser neutral, objetiva y universal –en el sentido de aplicar a todos por igual y a favor de la nivelación de las diferencias sociales. Por su parte, los funcionarios que pertenecen al aparato burocrático, están orientados a la acción y toman medidas determinadas, las cuales regulan de la misma manera a cada uno de los ciudadanos. Los que vienen para un trabajo ocasional, como K. el agrimensor, se les aplica las mismas normas y reglas, de manera natural aparentemente.

Siguiendo a Weber:

“Lo normal es que el funcionario que no es elegido, sino nombrado por un jefe, funcione con más eficacia, desde un punto de vista técnico, pues, en igualdad de circunstancias, es más probable que su designación y su carrera estén determinadas por consideraciones y cualidades puramente funcionales” (2010:30).

Sin embargo, en los funcionarios, por ser humanos, existe por supuesto la tentación de subjetivar y por ello es necesaria la regulación objetiva. De ahí que el aparato estatal esté

fundado en reglas uniformes como mecanismos de decisión. También aplicadas estas por empleados que forman parte de un sistema jerárquico de construcción e implementación de reglas. El trabajo de ellos se concretiza en oficios y documentos anónimos. Para que esto sea efectivamente así, la burocracia mantiene una separación estricta entre lo público y lo privado, de manera que las reglas sean aplicadas sin preferencias particulares. Razón por la cual, ser funcionario es una labor de tiempo completo y el salario es la única contraparte, ya que cualquier otra remuneración sería una perversión a la esencia de la burocracia weberiana.

Son estos aspectos “humanos” de la burocracia, los que producen el aparente desorden que confronta K. en el castillo. Y es a partir de estas observaciones que se posibilita establecer una relación entre el concepto de burocracia explicado por Weber y la organización racional presente en la obra.

La imagen que K. se hace del castillo, la aldea y su gente.

En *El Castillo* son pocas las alusiones al pasado del personaje K. Una de ellas es que este se ha marchado de su tierra natal porque fue llamado a esta población para desempeñar la labor de agrimensor. En una conversación con el mesonero del hotel de los señores dice que “cuando uno se marcha como yo tan lejos de su mujer y de su hijo, no es para volver con las manos vacías” (Kafka, 1981:1185). De acuerdo a sus palabras, no parece desplazarse hasta el lugar obligado o por circunstancias extremas de desplazamiento, sino por necesidades apremiantes de subsistencia mínima. K. quiere ser parte del castillo, no es claro si es para regresar con su familia -de la cual se desconoce casi todo, excepto su existencia- con algo en los bolsillos o para traerla consigo.

Mirando hacía al castillo lo invade un pensamiento nostálgico por su ciudad originaria, a la cual no regresa desde hace mucho tiempo, y esto inquieta su espíritu: “La imagen de su patria surgía a cada momento ante los ojos cansados de K. y los recuerdos que guardaba de ella se empujaban y apretujaban su alma” (Kafka, 1981:1218). Siempre se está mejor en un lugar conocido, especialmente cuando es el de dónde se proviene. La condición

de inmigrante del personaje K. va a marcar sus relaciones con la administración y con los habitantes de la aldea. No obstante, se esfuerza por lograr integrarse en ella.

El narrador relata la molestia de K. la noche de su llegada al ser abordado por Schwarzer, hijo del subalcaide, cuando es “despertado, interrogado y amenazado como de costumbre con ser expulsado” (Kafka, 1981:1182). K. puede ser confundido con un vagabundo que va de pueblo en pueblo desempeñando su oficio de agrimensor, por supuesto, cuando le es permitido. Según la narración, el personaje caminó muchos días para llegar al castillo. Y ahora que llega es relegado “al destierro de una existencia monótona fuera de toda vida oficial” (Kafka, 1981:1259). El empleo ofrecido a este hombre puede brindarle seguridad no sólo a él sino también a su familia.

K., en una comunicación telefónica con el castillo desde el albergue donde se instala, es identificado como “un hombre de treinta a cuarenta años, andrajoso, durmiendo tranquilamente sobre un jergón con su bolsa como almohada y una vara nudosa al alcance de la mano” (Kafka, 1981:1182). Aún bajo la condición de futuro empleado oficial, los habitantes de la aldea lo perciben como un forastero. Las mujeres, empleadas tanto del hotel de los señores, como del albergue, que son la vía que él decide tomar una vez que le es imposible acercarse por sus propios medios al castillo, observan a K. como alguien ajeno. Gardana, la mesonera, le dice por ejemplo: “Ay sin embargo usted es siempre de esas personas que están en todos los caminos. Una de esas personas de quienes se ignora sus intenciones” (Kafka, 1981:1182). Pese a la desconfianza, son ellas las que lo protegen y ayudan, aunque sin mucho éxito, en su esfuerzo de obtener respuesta del castillo. Frieda – examante de Klamm, principal funcionario del castillo en la aldea–por su parte lo ve como un niño, alguien de rasgo infantil que entiende todo extrañamente al contrario, de naturaleza diferente a aquellos aldeanos, porque es de habla franca y sin disimulo.

La aldea, como primer espacio abierto nombrado, es vista por K. desde el puente de madera en la carretera general, cubierta de espesa nieve. El castillo que supone puede verse de todas partes, no lo ve esa tarde de su llegada: “Ni un rayo de luz revelaba el gran castillo”. Y lo reafirma K. cuando mira “hacia aquellas alturas que parecían vacías” (Kafka, 1981:1179). La idea un tanto romántica que se ha hecho previamente del lugar y del castillo

va a confrontarlo. La fortaleza que no está, pero sí de manera inmanente por doquier, lo confunde.

Al ver finalmente el castillo desde la carretera, confirma lo que imaginaba y se decepciona. La edificación no era un viejo castillo feudal, era “una vasta construcción compuesta de algunos edificios de dos pisos y un gran número de casitas prensadas las unas contra las otras; [...] este castillo no era después de todo más que un villorrio miserable” (Kafka, 1981:1188). Como esta alusión a la edificación hay otras que ilustran las decepciones y los sentimientos ambiguos que percibe K. ante todo lo que va encontrando, entre ellos, la distribución geográfica, la jerarquización del poder, la formulación de normas y la manera misma de vivir de los aldeanos bajo este sistema.

A la iglesia K. la compara con la de su ciudad natal. Entre las dos gana la de su pueblo porque la torre “tomaba una expresión más luminosa sobre los días tristes y el trabajo cotidiano” (Kafka, 1981:1189). De acuerdo a su sentir, esta es recordada como un lugar de recogimiento espiritual y en la que se fortalecía justo en momentos de aflicción. La nueva, ni siquiera le parece una iglesia, sino más bien una capilla; por su tamaño la compara con un granero, una bodega de almacenamiento. Por la dimensión de la iglesia puede deducirse que el pueblo es igualmente pequeño. Se presenta así una similitud, entre el castillo que parece una aldea y la iglesia una capilla, ambos lo desilusionan.

Sobre la misma carretera, por la que K. camina buscando el acceso al castillo, está la calle principal del pueblo, la calle mayor. Esta va de oeste a este y todas las demás vías situadas a lado y lado, norte y sur, desembocan en ella. Sin embargo, esta “no conducía al promontorio sobre el que se eleva el castillo, sino apenas al pie de dicha colina, después hacia un quiebro que se diría intencionado, y, si bien no se alejaba del castillo, tampoco se aproximaba” (Kafka, 1981:1192). K., aunque afirma ser un agrimensor, siempre se pierde.

Contradictoriamente, aunque el tamaño y la forma de todo le parece desanimar, la organización territorial del castillo le es bastante compleja. Un camino que se supone va hacia el castillo, solo llega hasta la colina y desvía hacia otro lugar. En su encuentro con el maestro curtidor Lasemann, este le enseña dos caminos: “Este es el camino del castillo y aquél el del pueblo” (Kafka, 1981:1196). K. continúa sorprendido, la longitud del pueblo

nunca llega a su fin y paradójicamente hay tantas casas que la ausencia de seres humanos espanta. Pero de pronto descubre que los habitantes viven en las calles pequeñas: “A la derecha y a la izquierda se alzaban las cabañas de los labradores” (Kafka, 1981:1125).

Una vez que se ha vislumbrado un poco la representación que se hace K. de algunos espacios físicos del castillo, es conveniente pasar a relacionar la imagen que va a formarse de la organización político burocrática, y en particular de los aspectos que Weber consideraba típicos, como la división estricta entre lo público y lo privado.

La imagen que K. se hace de la burocracia en el castillo

Una vez que K. entra a la aldea, se encuentra ante una organización política y social, una institución de producción humana, que se muestra hermética ante cualquier extranjero, y que solo la conocen los ciudadanos por medio de normas y leyes. Estos, quienes no alcanzan a leer esa montaña de papeles, creen en la verbalización que hacen de esas leyes los funcionarios.

Si todo ciudadano respeta y cumple con la ley, se supone que quien trabaja de manera oficial la encarna y la hace a su vez cumplir y respetar. De los personajes en la novela, el mesonero aunque no es un funcionario sí es un servidor, y además modelo. Frente a la orden expresa de que nadie puede pasar la noche en el mesón de los señores, a excepción de una autorización condal como lo dice el reglamento, él la cumple sin darse por enterado, porque no sabe que Frieda esconde a K., pero de lo que sí es consciente del respeto, ya que “No se trata solo del señor Klamm, sino también del reglamento. Y este vale tanto para usted, señorita Frieda, como para mí” (Kafka, 1981:1236). Como en una burocracia weberiana, la norma pretende no solo ser respetada y que se cumpla, sino también de aplicarse sin distinción alguna a todos los ciudadanos por igual, incluso a los mismos funcionarios y servidores.

Tanto las leyes escritas y las normas orales son conocidas por todos debido a su expansión y difusión oral. Hay un reglamento para la aldea que se da a conocer a través de los funcionarios del castillo y es expresado de modo verbal a todos los habitantes. Este

reglamento reposa en una oficina y el original se halla en el castillo junto a otros documentos importantes guardados celosamente donde nadie, excepto el conde West-west⁴, tiene acceso.

Con respecto a este último, en el cerro de documentos que habitualmente se manejan en el castillo, no hay uno que hable de su historia, ni de la genealogía de los condes. Los papeles son solo comentarios a los comentarios de una ley o de varias normas para que la población se dé cuenta que todo depende de las normas emanadas de aquel lugar.

Por este lado se entiende que las normas no parecen ni democráticas, ni feudales o dictatoriales, sino puramente administrativas y por ende burocráticas. Todo parece depender de los expedientes oficiales, pero tampoco es claro de donde provienen: “En una administración tan basta como la administración condal, puede suceder por casualidad que una oficina decida esto y la otra aquello” (Kafka, 1981:1262). El mismo castillo es constantemente calificado de diferentes maneras: población, nación y aldea. Tampoco se habla de una constitución de la nación, pues el gobernante de la aldea, el alcalde, no cita normas de la ley civil, sino de las leyes del castillo. Existe, sin embargo, al igual que en la burocracia weberiana, un cuerpo consultivo llamado concejo municipal donde se debaten los asuntos del Estado.

Otros lugares y espacios en la aldea son corroboraciones de las leyes del castillo; por ejemplo, la casa del alcalde. Quizás no es descrita con la minuciosidad prolífera de otros espacios, pero da a entender que la casa del alcalde es el archivo de una gran parte de los papeles de la administración. La casa del alcalde está llena de estantes y además tiene un granero, también ocupado con otros estantes repletos de folios, y que son la extensión del archivo en la casa. Otra prolongación del archivo a cargo del alcalde se encuentra en la casa del maestro.

Cuando un secretario sale del castillo, viaja a menudo con el carruaje repleto de papeles que alguien –el alcalde u otro– debe leer y después archivar. Cuando la gente de la

⁴ Nombre con el que Kafka imprime a la obra un toque dosificado de humor. Al igual que el juego de palabras con los nombres de los funcionarios Sordini y Sortini, ambos de origen italiano. No es casualidad que el mismo Kafka fuera un burócrata y que trabajara para una firma de esa misma nacionalidad.

población ve estos documentos, sabe que son importantes. Pero fuera de los secretarios y el alcalde nadie los lee porque “no guardamos copias sino de los asuntos más importantes” (Kafka, 1981:1267). No es gratuito que K. nombre como ‘escamoteo administrativo’ al trámite y la dilatación de su asunto.

Los campesinos, por su parte, comulgan devotamente con las normas del lugar: “Esta aldea pertenece al castillo; vivir o pernoctar aquí es en cierto modo hacerlo en el castillo” (Kafka, 1981: 1180). Lo que reafirma claramente que todo poder viene del castillo. Ni el alcalde, ni el sacerdote manejan un poder independiente a él. No hay poder político ni religioso: todo el pueblo, no es más que una jurisdicción de un condado.

El conocimiento que tienen los habitantes de la institución de donde provienen las leyes es oral pero también vivencial, pues se vive de modo como la administración lo dispone. Por consiguiente, el origen y significado de la ley, siempre lejana y siempre presente, les resulta a la vez cercanos e inaccesibles. De ahí que el orden institucional se extienda sobre los habitantes como una coraza que los protege de alguna interpretación normativa, pues “uno de los principios que regulan el trabajo de la administración es que la posibilidad de un error no debe ser nunca considerada” (Kafka, 1981:1268).

K. al principio comienza a cuestionar las normas, pero más tarde tiene que excusarse por las impertinencias dichas y aceptarlas: “no subestimo la importancia del reglamento, aunque me haya expresado torpemente a este respecto” (Kafka, 1981:1241). Desde el punto de vista de K., en su caso, el problema es que puede haber desorden en los documentos, y no en la decisión de solicitar un agrimensor. Esto ha impedido dar claridad sobre su decreto. Por lo que el mismo personaje cree “que han abusado de mí y tal vez incluso de la ley de una espantosa manera” (Kafka, 1981:1275). Sin embargo existe el organismo de control, una oficina dentro del castillo que soluciona los errores. Supuestamente jamás ha habido una equivocación, y si la hay, es irrelevante.

K. ha identificado poco a poco diversos aspectos sobre la administración condal, sin lograr formarse una idea precisa de ella. Entiende que esta reúne todas las oficinas de la nación que están geográficamente dispersas por toda la población y en todos los lugares de que consta el castillo. Con relación a esto, Weber dice que “el conjunto de los funcionarios

‘públicos’ estables, así como el correspondiente aparato de instrumentos y archivos, integran una ‘repartición’; esto mismo es lo que en la empresa privada se llama ‘oficina’” (Weber, 2010:1195).

Lo más confuso que descubre, en medio de la imposibilidad de acceder a nada, es que hay por lo menos tres niveles de secretarios. Cada señor del castillo, con oficina en el hotel, cuenta con un secretario de aldea. A su vez este también puede ser secretario de otra población; por ejemplo, Momus, secretario de Klamm ejerce la función de doble secretario, pues lo es también del pueblo Vallabene. El Secretario de unión, el segundo tipo identificado por K., “hace de intermediario entre los secretarios de la aldea y los secretarios del castillo” (Kafka, 1981:1283). Los últimos secretarios, sin más distinción titular, escriben cartas y son responsables de inundar los archivos con papeles; estos se entrevistan con todo aquel que quiere hablar o llegar a la oficina en forma de “acta del señor secretario”. Todo lo que habla una persona frente a un secretario, inmediatamente es escrito en una relación que va al archivo de Klamm.

Otro de los rasgos de la burocracia presentes en el texto, y que el mismo alcalde se encarga de explicar al agrimensor, es sobre el medio que emplean los secretarios para comunicarse, y este es a través de las cartas y encuestas. Hay tres clases de cartas: oficiales, semioficiales y personales. En las primeras van escritas las órdenes expresas del conde, sus palabras van escritas en comillas y luego se convierten en decreto. En las segundas, las interpretaciones escritas por los secretarios basadas en las palabras de otros funcionarios. Y en las personales, meramente informaciones que un secretario le manda expresamente a alguien, sin ningún valor oficial y que puede tener copia para archivarse, para que en caso de extravío nada se pierda.

La carta que Klamm le envía al agrimensor a través del joven Barnabas –que no es mensajero oficial, pero es un iniciado en esta labor– puede clasificarse en la última categoría. En ella le “hablaba a K. como un hombre independiente de quien se le reconocía libre albedrío” (Kafka, 1981:1210). Este luego de leerla piensa que el amo está mal informado y que no podrá conseguir su confianza, así que responde con un mensaje verbal, pues no quiere escribir cartas, atendiendo a la informalidad del mensaje. Más tarde, se da cuenta de que esta no fue escrita por el secretario principal, sino por un suplente.

Los que trabajan en el organismo administrativo aplican también encuestas para recoger el criterio de una mayoría respecto a un asunto. Sobre las encuestas, a K. lo busca Erlanger para entrevistarle, como parte de sus funciones en el servicio de control, pero él trata de evitarlo a toda costa al considerarlo un procedimiento ilógico, pues está muy seguro de ser el agrimensor solicitado. Cada funcionario se concede la libertad de hacer una o varias encuestas y de aquí sale una resolución escrita que se envía a uno de los cuatro archivos de la población. A su vez, otro funcionario puede hacer una o varias encuestas con diferentes preguntas sobre el mismo tema o asunto y sale otro dictamen que puede tener otras conclusiones y también se archiva.

De acuerdo con las explicaciones dadas por el alcalde sobre organización y funcionamiento del poder en el lugar, el servicio de control se encarga de revisar dichas encuestas y solo este ente sabe cuál es el veredicto final que también se escribe y se archiva. Los funcionarios de otras oficinas ignoran de quién fue la resolución, incluyendo al alcalde. Si estos papeles se desvían de su destino y llegan a otra oficina que no les corresponde, el debate sobre un asunto puede tomarse más de veinticuatro horas. Las disposiciones “se las conoce demasiado tarde y se sigue discutiendo apasionadamente asuntos arreglados desde hace tiempo” (Kafka, 1981:1274). Esta información se filtra en la población y ellos –funcionarios y pobladores– pueden eternizarse en una discusión en torno a una decisión.

K. sigue confundido ante todo el engranaje del poder. Aunque su oficio debe ser el de agrimensor, él ni siquiera logra entender dónde empieza o termina el castillo y la aldea. El mesón de los señores es un sitio reservado para los altos funcionarios y sus subalternos, quienes encarnan la ley. Se parece mucho al mesón del puente al cual llegó inicialmente K., porque no hay mucha diferencia con las casas del pueblo, solo que este es un poco más grande.

Lo que inicialmente logra comprender a partir de su presencia en la cantina del mesón de los señores, es que allí algunos campesinos tienen que ver con el castillo y se diferencian de los campesinos corrientes porque están mejor vestidos. Llevan trajes extraños que de lejos parecen uniformes. Se distinguen también porque llevan una gruesa tela invernal, usada a modo de ruana, “de blusas huecas y pantalones ajustados” (Kafka,

1981:1207). Tanto los lugares como las personas se distinguen entre quienes sirven de manera oficial y quienes son comunes.

Curiosamente en el mesón de los señores se alojan los secretarios y por el mismo espacio transitan las mujeres empleadas, los mensajeros y demás servidores. Los cuartos son pequeños, pues cada puerta casi se toca con la otra. Debido a la circulación de las personas por este lugar, no reina el silencio y cualquier conversación se escucha en el pasillo como un zumbido, acompañado de martillazos, vibraciones y voces sordas, ya que nadie distingue quién habla y sobre qué. A eso se le suma el ruido de vasos y platos aunados a golpes de carpintería y cerrajería que varios funcionarios producen para distraerse de la tensión mental producto del trabajo. A veces algunos huéspedes salen a leer en el pasillo porque no soportan el aire pesado de las habitaciones.

En cambio, el mesón del puente es visto por K. con características diferentes. Aquí vienen campesinos, trabajadores y otros, descritos como mal vestidos y muy curiosos. Pocas reglas hay aquí y la mesonera no cuenta más que con sus opiniones para dirigir el mesón. En las conversaciones que se sostienen en el sitio se nota que los modales y la presentación personal de los campesinos son diferentes y de menor sofisticación. Sin embargo hay en este lugar más libertad que en el otro mesón. Además, aunque los campesinos, trabajadores y los demás presentes esperan una oportunidad para que alguien influyente se fije en ellos, todos estos respetan plenamente las normas provenientes del castillo.

Este albergue es el trampolín al mesón de los señores. Cada cual espera expectante la llegada de alguien del castillo para ser contratado y pasar así al lugar de privilegios, como es considerado el mesón de los señores. Pues saben que allí por tomar café o dormir no se cobra, ya que todos los gastos los cubre la administración. El ascenso laboral parece ignorar los procesos de desempeño, simplemente lo resuelve o lo motiva la amistad con cualquier funcionario influyente. De aquí sale Frieda contratada por Klamm, el poder visible del castillo entre los pobladores. En este aspecto, el poder burocrático del castillo parece desviarse de uno de los asuntos que concierne a los empleados oficiales descritos por Weber: “El funcionario tiene la expectativa de realizar una *carrera* dentro del orden

jerárquico del servicio público. De las posiciones inferiores, poco importantes y peor pagadas, pasa a las superiores” (Weber, 2010:34).

K. el agrimensor, ante el absurdo de la administración

K. llega al pueblo contratado por el conde, o al menos es lo que piensa él. De acuerdo al alcalde, su convocatoria es un error. Tanto el consejo municipal, tras someter la cuestión, como los notables de la comuna, refutaron la contratación de un agrimensor. Estos últimos se mostraron sorprendidos ya que “las cuestiones de agrimensura son las que interesan a los campesinos, olfateaban no sé qué misterios, qué injusticias, qué conspiraciones” (Kafka, 1981:1272).

La palabra agrimensor, *Feldmesser* en su etimología alemana, proviene de dos palabras: Feld (campo) y Messer (medidor, instrumento o aparato de medida). En este sentido, no es gratuito que Kafka haya escogido el arte de ‘agrimensor’ para K. Esta práctica estaba vigente en Europa y en especial en Alemania; aún en la época en que el autor nació. Arte que fue probablemente inaugurado en la antigua Roma, donde estaba reservado a los sacerdotes, tanto que se le llamó arte augural. Los agrimensores eran los encargados de fijar los linderos en los que la ley disponía que entre campo y campo debía dejarse un espacio de 5 pies. Desde siempre iban al campo tres personas: dos ayudantes que cargaban y utilizaban los aparatos y el agrimensor que tomaba notas. Los agrimensores romanos servían además de árbitros en discordias por los límites de un terreno.

En la obra se conservan los mismos tres trabajadores para desempeñar el oficio a la perfección: K., Arturo y Jeremías, los dos ayudantes impuestos. Sin embargo, el oficio ya no parece ser muy recomendado entre los habitantes de la aldea. K. al llegar a la población fue comidilla para los campesinos que se reunieron para hablar entre ellos, pues como dice el narrador: “La llegada del agrimensor no era un suceso cualquiera” (Kafka, 1981:1182). Con su oficio, K. podría asumir atribuciones legales sobre el territorio, como definir normas, y ostentar un aura de mediador.

Algunos funcionarios en el hotel de los señores se interesan por el asunto del agrimensor, pero sin mayor resultado. Es el caso de Bürgel, “un hombrecillo que tenía aires de hombre de bien” (Kafka, 1981:1524), secretario del funcionario Federico. Como padece de insomnio, invita a K. a pasar a su habitación, pero este está tan cansado que no le importa escuchar a Bürgel lo atraído que está a su caso. El hombre continuó hablando de secretarios competentes e incompetentes, del juicio oficial pendiente sobre la contratación de K, y del servicio de control, hasta las cinco de la mañana cuando una voz pregunta por el agrimensor. Bürgel le explica que es el secretario Erlanger –uno de los primeros secretarios de Klamm– y que se impacienta pronto. K., aún somnoliento, sale para ver si de esta entrevista logra solucionarse su caso.

En consonancia con lo anterior, la obra describe el rutinario vivir de una población regida por las leyes provenientes de una burocracia moderna, donde nadie habla de la vejez o intemporalidad de una norma. “Nunca había visto K. su existencia y su servicio tan íntimamente ligados; lo estaban tanto que a veces podía creer que la existencia se había convertido en servicio y el servicio en existencia” (Kafka, 1981:1260). Para un funcionario, lo normal es que su posición sea vitalicia, pues este disfruta de derechos de pertenencia (Weber: 2010). Existir para el empleo oficial y emplearse oficialmente para existir es la encrucijada de una burocracia racional.

De manera inevitable, se genera una situación absurda por el encuentro entre la lógica interna del poder burocrático y la falta de sigilo en la contratación de K., un agrimensor que puede generar nuevas normas para una aldea que no las necesita. Los habitantes saben que los funcionarios del castillo se encargan de todo, de dar orden en lo público y de producir su contraparte, el desorden.

La obra transcurre principalmente en dos espacios cerrados, el hotel de los señores y la casa de la familia BarnabasOlga. Con su experiencia en ambos lugares, K. comprende que no todo funciona como pretende el castillo, que existe una mezcla de formalidad e informalidad: “Me ofrece un resumen de la ridícula confusión que puede, en determinadas circunstancias, decidir sobre la existencia de un hombre”. El desconcierto acaba un poco cuando K. se da cuenta a qué grado el mismo es víctima de la situación: “Pues estaba en

juego mi existencia amenazada por el vergonzoso funcionamiento de una administración” (Kafka, 1981:1303).

De ahí que la administración haga que los habitantes mismos se describan como descorteses y lejanos con los extranjeros. Creen que si alguien llega y no tiene relación con el castillo hay que dudar de él y todos terminan por cerrarle las puertas; el extraño se aburre y tiene que emigrar. Si por alguna razón, alguien de la aldea fuera hostil con un funcionario o señor del castillo, todo el pueblo será hostil con esa persona, y no al contrario.

La conversación entre Olga Barnabas y K. nos permite hacer una reconstrucción de cómo la organización burocrática del castillo se corrompe. Ella le cuenta que su padre había trabajado para la población como bombero y su familia había alcanzado reconocimiento social, inclusive una vida pequeñoburguesa. Pero todo el mundo le dio la espalda cuando Amelia, su hermana, en una fiesta para el pueblo organizada por el castillo, se negó a tener amoríos o una noche de pasión con Sordini, una persona influyente en el castillo y distinguida por su responsabilidad en el servicio de control. Este le envía a Amalia una carta indignante, no solo para ella sino para cualquier mujer, y al ser rechazado desencadena una venganza hacía toda la familia. Es así como el padre deja de trabajar para el castillo, siendo literalmente echado, pese a que todos le reconocían por su trabajo.

A la familia Barnabas se le impone un castigo, y no precisamente uno legal. Según Olga, una de las dos hermanas Barnabas, el silencio y la indiferencia por parte del castillo y los habitantes para con ellos, “era sobre todo, miedos aparte, a causa del lado molesto de este asunto por lo que se habían separado de nosotros, para no saber nada, para no hablar ni pensar en ello, para no arriesgarse a ser alcanzados de una forma u otra” (Kafka, 1981: 1461). Se trata realmente de cómo un funcionario del castillo, abusa del poder al anteponer su orgullo herido sobre su comportamiento como empleado oficial.

Esto lleva a realizar un planteamiento moral y ético que permea las leyes del castillo. Nos da a entender que una mujer que es deseada por un funcionario oficial para una noche o varias de placer, como amante de turno, debería sentirse alagada. Por esa comunicación verbal de las normas y divulgación de todos los asuntos que tiene la población, la mujer no sería considerada una cortesana cualquiera; por el contrario, sería elevada a un rango

superior y sería envidiada por los hombres y las mujeres de la aldea. Porque es la moral que proviene del castillo la que la gente acepta. Aquí es donde se pierde una clara separación de lo moral y lo inmoral, y de lo público y lo privado, cuando tal separación es considerada como un aspecto fundamental de la burocracia, según Weber (2010). Cualquier acto, debido o no, realizado por un alto funcionario, está bien, según los habitantes, porque ellos son el poder más visible del castillo.

K. rápidamente descubre que los funcionarios del castillo cruzan a menudo las fronteras entre lo público y lo privado. Del castillo no solo vienen las montañas de papeles e informes de decretos; vienen también los secretarios a relajarse con las mujeres y el licor. Siempre bajan tensos, tanto que algunos se dedican a labores manuales como la carpintería para destensionarse. Ninguno habla de lo que ve o hace en el castillo porque lo prohíben las leyes del mismo, y de igual manera, tampoco informan al castillo de lo que hacen en la aldea.

Una vez que K. entiende la lógica, opta por usarla a su favor. Decide a toda costa llegar a Klamm, pero este no habla con nadie. K. considera que los aldeanos y la burocracia local son muy dados a la comunicación, y siempre saben quién es; sin embargo no sabe con quién proceder para por fin ser oficialmente reconocido como agrimensor. Además se da cuenta de que solo las mujeres tienen acceso a Klamm, o viceversa, él accede a ellas haciéndolas sus empleadas íntimas. K. toma entonces esta vía, la de las mujeres. Frieda y la mesonera son una buena opción, la primera porque es su amante, y la segunda porque tuvo un hijo suyo: “La foto, el chal y el bonete, esos son los tres recuerdos que tengo de él” (Kafka, 1981: 1286).

Conclusión

Siguiendo a Weber, la burocracia tiene sus riesgos. Los funcionarios son adictos al papel y las jerarquías son impredecibles. Puede afirmarse a primera vista que el castillo es supremamente burocrático; pero de acuerdo con el sociólogo, más bien se trata de una administración pre-burocrática (Jorgensen, 2011), por el hecho de que hay desorden en los

documentos, no hay un archivador, y lo público y lo privado no son estrictamente separados, lo que genera caos.

K., al principio, cree estar en un país donde las relaciones entre la aldea y el castillo son racionales y funcionales, como en una burocracia weberiana. Pronto descubre que hay disputas, errores y corrupción, pero se da cuenta que los habitantes no menos siguen defendiendo las leyes del castillo y que dan la espalda a quien no acepta lo que venga de allí, poco importa que sus secretarios sean inmorales.

Pareciera ser que los aldeanos han optado por confiar en el castillo, para no tener que confrontar la duda y la confusión, que por el contrario sí parecen afectar a K. Esa duda, y la búsqueda de un significado a la sociedad son propias de los tiempos modernos, y de su mundo desesperado por la significación. Para los habitantes, la burocracia del castillo, con su abundancia absurda de oficios y secretarios corruptos, por lo menos permite una explicación sobre lo que es y no es el castillo. Es decir, lo que no se entiende en ese mundo ambiguo de las normas, todos lo llenan con sus propias interpretaciones.

La condición de extranjero de K. no le ayuda a comprender la lógica absurda de las leyes del castillo. Es así como lo admite también el alcalde de la aldea: “Que usted, un extranjero, no lo haya entendido, no me sorprende” (Kafka, 1981:1277). En la edad media, estar al interior de un castillo significaba estar protegido. En el caso de K. la promesa de seguridad que él espera de su acceso a la oficialidad y permanencia en la aldea no se hace realidad. Su esfuerzo es entendible, pero a la vez una futilidad. Lo que no quiere decir que no se puede adaptar en la vida. Pero es claro que con la burocracia como esencia del Estado moderno, la despersonalización se hace aún mayor en las relaciones entre ciudadano y Estado, y con ella la búsqueda de individualidad y de dar sentido a la existencia.

Referencia Bibliográfica

Cardona Castro, Francisco Luis. (2005). *Kafka Grandes Biografías*. Edimat. Madrid.

Jorgensen, Torben Beck. (2011). “Weber and Kafka: The rational and the enigmatic bureaucracy”. En: *Public Administration*. Madrid. Vol. 90 (1).

<http://onlinelibrary.wiley.com/doi/10.1111/j.1467-9299.2011.01957.x/pdf>

Kafka, Franz. (1981). *El Castillo. Obras completas*. Madrid. EDAF.

Weber, Max. (2010) *¿Qué es la burocracia?* Editorial Coyoacán. México D.F. p.112

Nervi, Mauro. *The Kafka Project*. Archivo recuperado septiembre 20 de 2013.

www.kafka.org